

3. Decadencia y Fracaso Nacional: Realidades y Fantasías

¿Fracaso?

El lector ya habrá advertido que este ensayo es uno más de los numerosos intentos que por más de un siglo trataron de explicar a la Argentina. Desde diferentes perspectivas ideológicas muchas de las explicaciones tomaron como eje el supuesto fracaso nacional. Algo de eso se encuentra ya en los autores de la generación del 37 a quienes la realidad nacional bajo el régimen de Rosas les resultaba intolerable. La pieza literaria más representativa de esa generación en éste tema es el *Facundo* donde Sarmiento, en su análisis de la Argentina de 1845, argumenta sobre lo difícil que era que la civilización¹ prosperara en estas tierras. Esa obra fue fuente inspiradora de varios de los intentos posteriores para explicar nuestro presunto fracaso.

La idea del fracaso fue abordada, con más o menos asiduidad, según los altibajos que tuvo el transcurrir del país, aflorando más frecuentemente en los momentos de decepción generalizada o de frustración de una determinada parcialidad. En los casos en que se bucea en la historia se encuentran culpables en personajes, clases sociales o potencias extranjeras. Como es de esperar, según la perspectiva ideológica de cada uno, los blancos preferidos desde diversas u opuestas corrientes ideológicas son distintos pero bien conocidos. En su momento fueron España, Inglaterra, Rosas, Mitre o la oligarquía; luego fueron Perón, los militares o los Estados Unidos entre otros y más recientemente Menem y los Kirchner y ya ahora, Macri.

Pero también más allá del mundo intelectual, en los últimos tiempos predomina en la población el convencimiento sobre el fracaso de Argentina como nación. Esto nace del contraste entre la realidad y lo que hipotéticamente se cree que esta debiera ser. Si se miden las cosas desde la alta vara de las aspiraciones colectivas, hemos fracasado. En cambio, si atendemos a la evolución histórica de la sociedad el balance es por lo menos dudoso y con alguna mejora paulatina en los aspectos que tarde o temprano podrán ser determinantes del progreso socioeconómico, como lo son la consolidación de la democracia y recientemente alguna mayor intolerancia hacia la corrupción por parte de al menos una parte de la sociedad.

No solo llevamos 35 años ininterrumpidos de democracia, el más largo periodo desde 1930, sino que no hubo en toda la historia argentina independiente un tiempo tan prolongado, 28 años, sin

¹ Se refería, claro está, a la civilización que luego se llamó occidental. Aunque Sarmiento no perteneció al núcleo de la generación del 37, centrado en Buenos Aires y luego emigrado a Montevideo, estaba consustanciado y se sentía parte de la misma.

guerra civil o asonadas golpistas, exitosas o no². Es cierto que si comparamos con la mitad del siglo pasado hay mayor porcentaje de pobres, pero en promedio y con poco mérito propio, simplemente por el avance tecnológico mundial, la población es ahora mucho más rica. Sin duda, ha sido importante el deterioro de la seguridad, vinculado en parte al auge del narcotráfico, pero fundamentalmente a la incapacidad para atender sus causas y consecuencias. Por último, en la educación la evolución ha sido compleja; se le dedica mayores recursos, pero estos no parecen traducirse todavía en mejores resultados, por lo que no está contribuyendo a reducir la extendida pobreza y la inseguridad colectiva.

Una de las tesis que aquí se desarrolla es que no hubo tal fracaso y en esto no se peca precisamente de optimismo; todo lo contrario, no se encuentran razones para suponer que el país debiera ser distinto. La idea del fracaso se nutre de dos errores muy compartidos: que la gran riqueza natural debe corresponderse con una sociedad rica y avanzada y que en algún momento del pasado estuvimos mucho mejor por lo que no habría motivos para no volver naturalmente a esa situación. Es decir, deberíamos estar *condenados al éxito*³. Pero aunque esta última es una idea muy extendida, no está fundada en razones objetivas; entre otras cosas, porque tampoco fuimos en el pasado el país importante que se piensa.

Antes de comentar estas dos creencias, hondamente arraigadas entre los argentinos, conviene brevemente poner el tema en un contexto comparativo en tiempo y espacio. La realidad es que como sociedad hemos ido progresando paulatinamente, con avances y algunos retrocesos, hacia el logro de las comunes aspiraciones colectivas. En los capítulos siguientes el lector encontrará más evidencia de esta afirmación que hasta aquí puede parecer temeraria. Mientras tanto, convengamos que aunque hemos avanzado en muchos aspectos, quizás no en todos, también es cierto que desde mediados del siglo pasado nuestro progreso ha sido lento, especialmente en lo económico, y menor que el de la mayoría de las otras naciones. El crecimiento de nuestro PBI per cápita entre 1960 y 2016⁴, medido en dólares constantes de 2010, fue del 82%; alrededor de la mitad que el del Mundo, 178%, y que el de Latinoamérica y el Caribe, 154% y la tercera parte del de los países de altos ingresos, 257%. Estas cifras proyectan una sombra de frustración. Pero si se divide el periodo en dos tramos iguales, 1960-1988 y 1988-2016⁵, los resultados son alentadores cuando se aprecia que en la segunda mitad hubo una considerable recuperación. Mientras en el primer tramo el crecimiento fue de tan solo del 19%,

² La última asonada o intento de golpe, encabezado por el coronel Seneildín, fue en 1990

³ Frase del ex presidente Duhalde, y concepto muy compartido.

⁴ Se elige 1960 porque no hay mucha certeza sobre los datos del PBI anteriores a esa fecha en muchos países.

⁵ Al dividir los dos tramos en 1988 y no en 1989 o 1990 se evita que la crisis de esos años exagere artificialmente la diferencia de tendencia que existe entre los dos periodos.

en el segundo fue mucho mayor, 53%. Esta última tendencia se compara favorablemente con la del mundo, en el que el crecimiento fue del 50%. El patrón global del crecimiento económico de estos últimos 56 años fue que los países ricos crecieron más rápido en el primer periodo que en el segundo y al contrario en el caso de los países menos desarrollados. Entre estos, Latinoamérica y el Caribe fueron la excepción con un patrón de tendencia de crecimiento más parecido al de los países de altos ingresos, 78% en la primera mitad del periodo y 43% en la segunda (Banco Mundial)⁶.

Lo primero que hay que resaltar es que aún con un crecimiento menor que la mayor parte del mundo, de todos modos el ingreso medio de los argentinos es hoy casi el doble que hace 58 años. En consecuencia, si se habla de retroceso, se debe especificar que es relativo a otras naciones y particularmente a las de nuestra región latinoamericana⁷. Es cierto que esto por si mismo puede ser suficiente para herir nuestro orgullo nacional y aumentar la frustración de no ser lo que ideal e imaginariamente pensamos que deberíamos ser.

En el capítulo 2 hicimos una breve referencia a que la riqueza de las naciones no está determinada por la abundancia de recursos naturales, sino que se debe a su madurez social, cultural e institucional. Cuando el petróleo pasó a ser uno de los productos más importantes en el comercio internacional, algunas naciones de Medio Oriente se encumbraron entre los países de mayor riqueza. Sin embargo, no son países desarrollados, ni social ni institucionalmente y cuando el petróleo deje de ser lo importante que es hoy, su futuro será probablemente con algunas excepciones el de una decadencia relativa al resto del mundo como la que Argentina atravesó con altibajos por más de medio siglo.

También señalamos en el capítulo 2 que la abundancia y competitividad de nuestra producción agropecuaria, al favorecer la balanza comercial tiende a valorizar la moneda local y por lo tanto la elevación de los costos internos hace perder competitividad a otras actividades económicas. A grandes rasgos, es lo que ocurrió en nuestro país hasta 1930 y lo que en cierta forma persiste aún, aunque solo parcialmente. Desde entonces, el deterioro de los términos de intercambio comenzó a favorecer la actividad industrial, que aunque crecientemente importante, casi siempre requirió de la intervención protectora del Estado por varias y cambiantes razones, entre ellas la tendencia a la valoración de nuestra moneda por la gran competitividad de los productos agrarios⁸. Pero además, la abundancia de los recursos primarios y la fácil competitividad que

⁶ En el capítulo 11 se vuelve sobre este crecimiento diferente entre los dos tramos y se lo relaciona con la globalización,

⁷ La expectativa de vida es uno de los indicadores que en cierto modo refleja la calidad de vida de una sociedad. Hoy Argentina esta séptima.... ¡ entre los países latinoamericanos!

⁸ Tan competitiva es la agricultura argentina, que soportó retenciones exorbitantes a sus exportaciones durante 15 años, con el agregado de un artificialmente bajo tipo de cambio que penalizó aun mas los ingresos de los agricultores.

caracterizó a la Argentina por siglos dejaron una profunda huella en la mentalidad colectiva que no fue precisamente un factor para el progreso económico y social.

Ya mencionamos que la creencia en nuestro fracaso nacional está muy extendida siendo compartida por los que piensan la Argentina desde distintas y hasta opuestas ideologías. Se funda, como acabamos de ver, en el error de que necesariamente deberíamos ser un país avanzado por nuestra abundancia de recursos naturales, pero también en cierta autocomplacencia sobre la valoración de nuestros recursos humanos⁹. Desde hace más de un siglo, en el colegio primario y también en el secundario se machaca con nuestras "enormes riquezas naturales" y las excelentes capacidad y creatividad de nuestra gente¹⁰. Todos aprendimos esto desde niños y por lo tanto no puede sorprender que condicione masivamente el pensamiento que se tiene sobre el país. De este error no escapan ni aun muchos pensadores brillantes, y solo recientemente ha empezado a ser revisado. Este concepto sobre la Argentina se ha propagado también en el exterior; por ejemplo en 2016, Felipe González, líder socialista y ex presidente de España, decía *nunca ha habido tanta distancia entre la Argentina que es y la que puede ser*.

La Argentina del Centenario

Nuestra otra temeraria opinión es que nunca fuimos el país avanzado que desde el sector liberal del espectro ideológico se propone como paradigma, el del comienzo del siglo XX¹¹. Desde muy temprano en nuestra historia, debido a las favorables condiciones naturales y a la relativamente escasa población, la relación económica con el mundo ha pasado por la exportación de materias primas biológicas más o menos elaboradas, y nos ha ido bien o mal, según los avatares de la demanda mundial por estos bienes. Para la época del Centenario, los cereales y la carne eran, no solo productos de creciente demanda internacional, sino de muchísima mayor importancia relativa en la comercio mundial que en otras épocas o que en la actualidad. Y así, Argentina llegó a estar entre las economías más ricas del planeta, aunque es dudoso, como se suele afirmar que estuviera entre las 10 primeras porque no se cuenta con estadísticas para poder afirmarlo. Lo único que existe son inciertas estimaciones, que en el mejor de los casos son solo aproximaciones porque en Argentina el PBI se empezó a medir en 1944 y solo se pudo reconstruir su serie anual desde 1935 (Rapoport

⁹ En el capítulo 10 se discute la problemática de la educación, de la que surge que la excelencia de nuestros recursos humanos es nada más que otro mito.

¹⁰ Esto está basado en la presunción racista de que al ser un país con fuerte componente de población de origen europeo, implica necesariamente una superioridad sobre otros países latinoamericanos.

¹¹ Esta visión se ha extendido también a como nos ven desde el exterior; en un reciente artículo de The New York Times, hablando de la Argentina se dice que *es un caso único de un país que completó la transición al subdesarrollo*.

2017). Según Rapoport, las series del PBI más reconocidas son las reconstruidas desde 1900 por Maddison, quien las hizo por encargo de la OCDE. De acuerdo con esas estadísticas, la Argentina se ubicaba en su mejor posición en el PBI per cápita en el año 1929, undécima entre todos los países del mundo de entonces. En particular para el periodo 1900/1913, Maddison reconoce que en el caso argentino se basó en estimaciones no publicadas que conllevan una gran incerteza.

Las series de Maddison y de otros autores que se remontan hasta principios del siglo XX son del PBI de los países y no del PPA¹² que es la medida adecuada y en la actualidad más aceptada para comparar la riqueza de las naciones. Como ya explicamos, la competitividad de las exportaciones agropecuarias tiende a aumentar el valor de la moneda local, con lo cual es muy posible que en aquel entonces el PBI de la Argentina fuera mayor que su PPA debido a la gran incidencia del sector agropecuario. Es decir, que si la comparación se pudiese hacer con este otro indicador más representativo, la Argentina de ese tiempo no estaría tan arriba entre las naciones por su ingreso por habitante como cuando se usa el PBI.

Pero sin duda, el crecimiento de las exportaciones y de la producción agropecuaria, de la infraestructura y de la masiva inmigración desde las regiones más pobres de Europa son indicadores de un indudable auge económico. Sin embargo, esto resultó fundamentalmente de las circunstancias favorables para las exportaciones agropecuarias. Una suerte de primer *viento de cola* de nuestra historia económica que se multiplicó por la posibilidad de la expansión de la agricultura y que solo se mantuvo hasta que esta alcanzó sus límites físicos.

Esta expansión de la producción agraria se produjo por el desarrollo industrial de Europa que le permitía, como nunca antes, obtener con sus exportaciones las divisas para importar los alimentos necesarios para su creciente y mejor remunerada población. Además, el déficit en la producción europea de alimentos se encontraba amplificado por las condiciones climáticas adversas que en el Viejo Continente desde mediados del siglo XIX y hasta las primeras décadas del XX fueron frías y secas. El avance tecnológico, especialmente la incorporación de buques frigoríficos y a vapor, permitió la exportación de carne enfriada con mucho mayor valor agregado que la salada o que el ganado en pie como se exportaba anteriormente. El correlato interno de estas favorables condiciones para la exportación agropecuaria fue la Conquista del Desierto y las campañas contra los indios del Chaco y Misiones. Estas campañas aseguraron la actividad productiva en las otrora

¹² La diferencia entre PPA y PBI se explicó en el capítulo 2 en su nota al pie número 2.

inseguras áreas de la frontera con los indios y la incorporación de nuevas e inmensas extensiones a la actividad ganadera¹³.

En ese tiempo, el eje de la economía nacional era la producción agropecuaria de la Pampa Húmeda y del Litoral que aportaba la casi totalidad de las exportaciones. Estas a su vez tenían una gran incidencia en la economía, ya que el consumo era mucho menos importante que en la actualidad. En la primera década del siglo XX, más de la tercera parte del valor de las exportaciones eran de productos ganaderos con escaso valor agregado. Como la ganadería extensiva ocupaba poca mano de obra, la mayoría de su renta quedaba en los propietarios, quienes fueron famosos en el mundo entero por sus enormes fortunas y vidas dispendiosas.

En el caso de las producciones que requerían de mano de obra intensiva, la ganancia empresaria era también importante y se lograba mediante una cruda explotación de los trabajadores. En los obrajes forestales, las minas o las plantaciones de yerba las jornadas de trabajo eran de hasta 14 horas y los salarios ínfimos y a veces con la obligación de comprar los bienes necesarios a precios abusivos en los almacenes de los patrones (Bialet Massé 1904)¹⁴. Las condiciones de trabajo eran solo algo mejores en los ingenios, las industrias y los ferrocarriles. En el mejor de los casos, los salarios no eran mejores que en el norte de Europa y ello explica porque la ola inmigratoria de esos tiempos fue mayormente de las poblaciones más pobres de España, Italia, Rusia y Polonia que veían a la Argentina como una tierra de oportunidades.

Entre 1935 y 1943 el porcentaje del ingreso del 1% más rico creció del 17 al 25% para bajar luego rápidamente hasta el 10% y hoy ronda entre 15 y 18%. De acuerdo a la concentración de la riqueza ganadera en pocas manos, es muy posible que en el principio del siglo XX haya estado en porcentajes superiores al 30% o aun mayores. Esa concentración del ingreso en una reducida minoría no solo ocurría en Argentina; era igualmente así en EE.UU y en los países europeos (The World Top Incomes Database).

Lo distinto fue el destino de esos ingresos, que en nuestro caso estuvieron escasamente dirigidos hacia el desarrollo de la industria local. Como describe Jauretche (1982), la clase propietaria de la tierra, imbuida de pretensiones aristocráticas y con desprecio por las actividades industriales y comerciales, dilapidó buena parte de sus fortunas en lujos improductivos. Encandilada con la sociedad

¹³ Estas condiciones favorables para las exportaciones de alimentos, se sintieron también en Estados Unidos, donde se produjo la gran migración y ocupación del Medio y Lejano Oeste.

¹⁴ El presidente Roca y su ministro Joaquín V. González encargaron por decreto al médico, abogado y empresario Juan Bialet Massé un informe del estado de la clase trabajadora de todo el país. Con ese fin, Bialet Massé recorrió durante 4 años casi todas las provincias haciendo encuestas entre obreros y patrones y hasta realizando las labores de los trabajadores para entender el esfuerzo que debían realizar. En 1904 entregó su informe titulado "El Estado de las Clases Obreras Argentinas". Antes de eso, en la década de 1890, Bialet Massé junto con el ingeniero Carlos Adolfo Cassaffousth, diseñó y construyó el dique San Roque en Córdoba.

aristocrática europea, con su mirada vuelta más al mundo pasado que al futuro, fue en parte responsable del escaso progreso económico que siguió cuando la actividad agropecuaria alcanzó sus límites físicos

La bonanza de la Argentina de aquella época no presentaba las características económicas distintivas de los países que luego serían parte del llamado primer mundo. El desarrollo industrial y cultural de Europa occidental y de Japón les permitió pasar a integrar el actual club de los países ricos, aun a pesar de la tremenda devastación que sufrieron durante la segunda guerra mundial. En cambio la Argentina, con un desarrollo industrial apenas incipiente, se mantuvo básicamente dependiente de las exportaciones del sector agropecuario de la Pampa Húmeda. Luego vino lo que Prebisch y Singer llamaron el deterioro de los términos de intercambio, es decir una creciente valoración de los productos industriales con respecto a los precios de las materias primas que exportábamos y se acabó la fiesta. En lo que va del siglo XXI por el crecimiento de Asia, se ha revertido la tendencia en los términos de intercambio. Pero no tanto como para sustentar, solo con las exportaciones de bienes primarios, la aspiración por una sociedad que acceda masivamente al consumo de bienes y servicios sofisticados que ofrece el mundo en estos tiempos

Cuando los términos del intercambio se modificaron desfavorablemente, el escaso desarrollo industrial encontró a la Argentina en desventaja. La crisis de 1930 puso al país en una posición mendicante que forzó el tristemente famoso pacto Rucimann-Roca, dejando al descubierto la naturaleza asimétrica y dependiente de la asociación económica con Inglaterra. Esta asociación se había desarrollado durante más de un siglo y había sido funcional a los intereses de la clase dirigente. Pero también fue facilitada por la idiosincrasia de toda la sociedad, poco inclinada al trabajo cotidiano, al ahorro y a la creatividad empresarial.

La Argentina de principios del siglo XX no solo no tenía un perfil industrial, tampoco estaba cerca de ser una sociedad socialmente avanzada: Nuestra cultura no sobresalía en el mundo y no era cuna de ideas transformadoras. Los entusiastas de la prosperidad de principios del siglo XX llegan a afirmar que el dinamismo de la sociedad argentina era comparable con el de los Estados Unidos. Si hubiera sido así, uno se debe preguntar donde estaban en la Argentina los empresarios innovadores que como Edison, Carnegie, Ford y tantos otros transformaron la sociedad americana y al mundo entero¹⁵. Las innovaciones de estos

¹⁵ El periodo del fin del siglo XIX y principio del XX en Estados Unidos se caracterizó por una contienda despiadada entre los capitanes de la industria por prevalecer, ya sea compitiendo lealmente o buscando posiciones monopólicas. En esa lucha, introdujeron grandes innovaciones, por ejemplo en las industrias del acero y el automóvil, en el transporte del petróleo y la distribución y uso de la electricidad. El impulso innovador de la sociedad americana ha seguido hasta nuestros días y se ha extendido al resto del mundo desarrollado y más

empresarios no surgieron en medio de una mediocridad cultural; se desarrollaron a partir de talentosos profesionales formados en universidades con al menos casi un siglo de excelencia¹⁶. Aquí, en cambio, las universidades estaban recién en etapas de formación o modernización y gran parte del talento era extranjero, atraído por la bonanza económica de los sectores pudientes. La mayoría de los arquitectos que diseñaron lujosos palacios, parques y jardines en las estancias y las ciudades, de los ingenieros a cargo de las grandes obras de infraestructura y de los profesores de ciencias en las universidades habían llegado de Europa ya formados profesionalmente.

Hablar de la debilidad institucional de la Argentina es hoy casi un lugar común, pero vale mencionar que no es algo nuevo. Ya lo advertía el italiano G. Bevione (1955), en su libro escrito al volver de los festejos del Centenario. Se asombraba de la corrupción, la irresponsabilidad en el gasto público, la falta de independencia de la justicia y de un Ejecutivo sin freno, entre otras debilidades institucionales y, por parte del pueblo, de la voracidad por el empleo y las pensiones públicas.

Políticamente se vivía en un ambiente de fraude sistemático apoyado en cuchilleros a sueldo, matones que alardeaban de bravura en su ambiente orillero a favor de la impunidad que compraban con sus servicios a la política. En el otro extremo social, en Buenos Aires abundaban las patotas de "niños bien" que humillaban a transeúntes, particularmente a los inmigrantes¹⁷. Mientras en Estados Unidos había un fuerte movimiento feminista¹⁸ y se establecía el voto femenino, en Buenos Aires las mujeres corrían riesgos al aventurarse solas por las calles sin acompañamiento masculino porque abundaban los que consideraban que ello implicaba un consentimiento tácito para ser abusadas o como mínimo agredidas verbalmente con piropos procaces¹⁹. Estos son

recientemente a las economías emergentes del Lejano Oriente, pero no ha sido hasta ahora, algo muy usual de nuestra actividad económica.

¹⁶ Edison, por ejemplo, llegó a emplear más de 200 profesionales para el desarrollo de los inventos que luego patentaba a su nombre.

¹⁷ Una diversión que practicaban las patotas "bien" era aplastar con un manotazo los sombreros de paja que se usaban entonces. Estas patotas se hicieron más infrecuentes durante el primer gobierno de Irigoyen cuando la justicia comenzó a considerar como legítima defensa la reacción a los tiros de algunas de sus víctimas ocasionales. Una década más tarde, volvieron a aparecer los actos violentos contra los inmigrantes, particularmente judíos, pero con un cariz organizado políticamente.

¹⁸ No se trata de hacer aquí la apología de los EE.UU., que en materia de derechos humanos dejaba mucho que desear con respecto a la población de color y hasta de algunas minorías de inmigrantes europeos. Solo se pretende resaltar los aspectos socioculturales que impulsaron su dinamismo, que fueron muy distintos de los nuestros.

¹⁹ Durante mi niñez y juventud en las décadas del 40 y 50 tuve ocasión de escuchar estas cosas directamente de boca de gente mayor que había vivido a comienzos del siglo XX, mi padre entre ellos. En 1906, Joaquín V. González, ministro del Interior, ya había ordenado a la policía extremar las medidas en contra de los piropos. A tal efecto se estableció una multa de 50 pesos nacionales.

sólo dos muestras del atraso social y el relativo salvajismo de nuestra sociedad por esos tiempos. Ante la esperada legión de distinguidos visitantes extranjeros que arribaría con la celebración del Centenario y con la finalidad de dar una imagen civilizada, las autoridades lanzaron una enérgica campaña logrando erradicar la tolerancia a esta última costumbre.

Todo esto, no implica desconocer los grandes avances económicos, institucionales y educativos que caracterizaron las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, los de la llamada generación del 80, simplemente es para poner las cosas en su justo lugar. Fueron décadas de gran progreso desde una sociedad muy pobre y atrasada, que tuvo el enorme viento a favor del mercado internacional para nuestros productos agropecuarios. La economía abierta que se practicó sin variantes durante esos años seguramente contribuyó al desarrollo de la infraestructura y del comercio internacional, aunque por lo indiscriminada pudo ser un freno para la industrialización, clave en aquellos tiempos del desarrollo socioeconómico. ¿Que se pudo aprovechar mejor la bonanza, industrializando el país como afirman los revisionistas? Es probable, pero en contra de ello conspiró la idiosincrasia colectiva, elaborada durante los pasados cuatro siglos como se podrá apreciar en los siguientes capítulos.

Nuestro propio *Destino Manifiesto*²⁰

La frase de Duhalde que hemos citado refleja un pensamiento extendido entre los argentinos sobre el destino singular que nos debiera esperar como nación, el que es especialmente notorio entre las clases más educadas. Hasta no hace mucho, esta idea se manifestaba en la consigna *Argentina potencia*. Esto no ocurre en la gran mayoría de los pueblos de la Tierra, y en los pocos en que tiene lugar es porque hay sobradas evidencias para ello, como es el caso de China y los Estados Unidos.

Para entender esta particularidad argentina, es útil remitirse a su origen y evolución. Ya decía Sarmiento en el *Facundo*, escrito en 1845: *los argentinos, de cualquier clase que sean, civilizados o ignorantes, tienen una alta conciencia de su valer como nación; todos los demás pueblos americanos les echan en cara esta vanidad, y se muestran ofendidos de su presunción y arrogancia.....¿Cuánto no habrá podido contribuir a la independencia de una parte de la América, la arrogancia de estos gauchos argentinos que nada han visto bajo el sol, mejor que ellos,*

Ahora y a favor de la ola mundial contra el acoso sexual, el tema del piropo tiene otra vez actualidad ¿todo vuelve?

²⁰ El Destino Manifiesto es una visión de cómo la sociedad americana se ve a sí misma y a su lugar en el mundo. Tiene raíces religiosas que se apoyan en la convicción de que Dios eligió a los Estados Unidos para el desarrollo del gran experimento de libertad y autogobierno que lo transformaría en una nación superior. Es funcional a la idea de que, siendo además la primera potencia militar y económica, debe tener un papel rector en el mundo.

ni al hombre sabio ni al poderoso?. Es muy posible que esta alta autovaloración nacional estuviera más extendida entre las clases dirigentes de la sociedad, ya que a diferencia de Sarmiento, Darwin (1860) decía que el gaucho no solía pavonearse de los éxitos de su nación. Como esta sobria actitud no habría sido demasiado singular o diferente de lo que el gran naturalista habría observado en la mayoría de los otros pueblos que había visitado, seguramente lo mencionaba por la diferencia que en este aspecto observaba con la clase dirigente.

Como señalaba Sarmiento, este sentimiento de autovaloración nacional se explicaba en parte por los resultados en los campos de batalla. En corto tiempo, los argentinos habían derrotado las invasiones de la mayor potencia naval del mundo y después a las fuerzas realistas, contribuyendo así a la independencia del sur del continente americano, y en lo estrictamente militar también al vecino imperio del Brasil. Cuando Sarmiento hacía este razonamiento, estaba por confirmarse, muy a su pesar, el éxito político de la naciente nación. El gobierno de Rosas iba a frustrar la intención de Francia e Inglaterra, en ese momento las dos más grandes potencias del mundo, de imponer su voluntad sobre cuestiones de comercio y navegación interna a través del bloqueo naval.

Pero no se trataba sólo de lo político-militar. A diferencia de otras ciudades de la América hispana, Buenos Aires había estado expuesto al intercambio comercial legal o ilegal con varios países europeos y junto con él a la influencia de las ideas modernas ya desde antes de 1810. Como resultado, su clase dirigente se sentía culturalmente muy por encima de sus compatriotas del interior y de las otras élites hispanoamericanas.

La ponderación de los éxitos militares fue luego moneda corriente en la educación militarista en lo referente a nuestra historia, la que siguiendo la inspiración de Mitre, ayudó a mantener una falsa autovaloración nacional hasta casi el presente. La invasión y derrota de las Malvinas fue en este aspecto un baño de realidad. El infantil sentimiento de invencibilidad que se refleja en las estrofas patrióticas, *tu bandera no ha sido jamás atada al carro triunfal de ningún vencedor de la Tierra* debió ser abandonado después de esa guerra absurda.

La mirada autocomplaciente sobre nuestra nación en otros aspectos se reforzó durante la República Liberal con la exaltación de la transformación política y sobre todo cultural que desterró el poder de los caudillos provinciales, del éxito económico y de la forzada aunque incompleta europeización a través de la educación y la inmigración. Esto último dio sustento a la teoría de que Argentina es más un país europeo que americano²¹ lo que, más allá de su

²¹ La inmigración, favoreció ideas contradictorias Si por una parte, sentirse *europeos* reforzaba la generalizada idea de superioridad, por otra, las legiones de inmigrantes sumamente pobres y en su mayoría ignorantes inducía a pensar que Argentina era un país excepcional, *el mejor del mundo*, nutriendo la arrogancia de vastos sectores.

apenas solo relativa y parcial veracidad, mantuvo y alimentó la arrogancia que nos ha hecho impopulares en Latinoamérica.

Pero no se trata de la poca simpatía de algunos vecinos. La presunción de un alto destino manifiesto que no se condecía ni condice con la realidad tuvo y tiene consecuencias hacia lo interno. Ha sido una de las causas, salvo en algunos breves periodos de relativo progreso, de la insatisfacción generalizada con el rumbo de las cosas públicas. Al poner la vara demasiado alta, los modestos pero reales avances cuando alguna vez se concretan no parecen suficientes y son rápidamente olvidados, mientras todo lo negativo se torna más visible al contrastarlo con el supuesto brillante destino que nos espera. Este credo, del que más que nadie estuvieron convencidas las clases dirigentes fue uno de los condicionantes que tiñeron de cierto irrealismo a la política exterior argentina durante más de un siglo.

A esta visión no parecen escapar tanto los gobernantes de los últimos años como sus militantes. Apenas tienen cierto éxito inicial, anuncian o dejan entrever un proyecto fundacional acorde con el destino brillante que nos estaría reservado. En ese trance, se presentan como salvadores de la supuesta decadencia y de todos los males reales o imaginarios. Y en el camino del cambio trascendente que dicen encarnar arrasan sin mucho empacho con lo mucho o poco bueno que le hubieran dejado sus predecesores. Esta actitud, siempre fue la de los gobiernos militares que debían justificar la violación del sistema constitucional, pero fue también parte del libreto de Menem, los Kirchner y Macri.

Estamos en problemas

Hecha la autopsia de las fantasías que alimentan la idea del fracaso nacional, hay que reconocer que estamos con serios problemas y es oportuno volver la mirada sobre un aspecto de la actualidad que nos puede conducir a un desastre de imprevisibles consecuencias. El número de pobres es mucho mayor que a mediados del siglo XX y se evidencia no solo en los valores estadísticos del ingreso familiar, sino en la multitud de villas y asentamientos informales (alrededor de 900 solo en el Gran Buenos Aires) y en la observación directa de la vida cotidiana que todos experimentamos. La pobreza en la Argentina tiene características estructurales dadas por el escaso empleo formal productivo y por condicionantes culturales de difícil superación. Pero lo peor son sus causas demográficas; si se la mide por el ingreso familiar se encuentra en el nivel del 30% de la población, pero en el caso de los menores de 17 años ese nivel es cercano al 50%, lo que augura un aumento fulminante del total de pobres en el futuro cercano. En el capítulo 10 se muestra que ello se debe en parte a la mayor tasa de natalidad en los sectores carenciados y a que la población pobre está siendo también incrementada por la actual inmigración que es mayormente de gente de muy bajos recursos.

Si la sociedad no encara la amenaza de la creciente pobreza con medidas de fondo que vayan a las raíces del problema, se puede comprometer aun más la situación económica e incluso generar inestabilidad institucional. Piénsese que hoy son alcanzados por planes sociales más de 9 millones de pobres. ¿A cuántos se deberá atender con el 50% de la población debajo de la línea de pobreza? ¿Y con qué recursos? Si además, estamos metidos en un difícil círculo vicioso de desempleo estructural y para compensarlo empleo público creciente, lo que genera un gran déficit fiscal a pesar de un nivel de impuestos asfixiante que vuelve no rentables muchas actividades productivas. Y si esto último desalienta la inversión, lo que a su vez agudiza el desempleo.

La educación, elemento clave para atacar a fondo la pobreza, y necesaria para la maduración institucional y la inserción laboral en la ya actual sociedad del conocimiento, es por lo menos deficiente y hasta está posiblemente peor que décadas atrás. Estos tres aspectos interrelacionados de nuestro presente, nivel intolerable de pobreza, estancamiento educativo y económico son temas sobre los que se vuelve en el penúltimo capítulo.

Hemos transcurrido estas últimas páginas desacreditando la noción del fracaso nacional, no solo porque es nociva, sino porque tampoco es enteramente cierta. Digamos ahora que lo extendido de este falso concepto puede ser sin embargo un punto de partida auspicioso si en lugar de ser solo un motivo de lamentaciones se vuelve en un toque de atención transformador. La disconformidad con el presente, aunque no del todo justificada, es una condición necesaria para los cambios deseados.

Referencias

Banco Mundial: datos.bancomundial.org/indicador/ny.gdp.pcap.cd

Bevione, Genaro 1955: Argentina 1910, Balance y Memoria: *Ed. Leviatán*. Buenos Aires, 189 págs.

Bialet Massé, Juan 1985: Informe sobre el estado de la clase obrera. Volumen 1. Presentado en 1904. *Hispamérica Ediciones Argentina*, Buenos Aires, 395 págs.

Darwin, Charles 1860: Viaje de un naturalista alrededor del Mundo. [www.dominiopublico.es/.../Darwin/Charles%20Darwin%20-%20Viaje%20de%20un%](http://www.dominiopublico.es/.../Darwin/Charles%20Darwin%20-%20Viaje%20de%20un%20). 351 págs.

Jauretche, Arturo 1982: El Medio Pelo en la Sociedad Argentina. *A. Peña Lillo editor S.R.L.* Buenos Aires 389 págs,

Sarmiento, Domingo 1963: Facundo. *Ed. Losada*. Buenos Aires 304 págs. Primera edición 1845.

The World Top Incomes Database. Disponible en <http://mond.parisschoolofeconomics.eu/topincomes>

